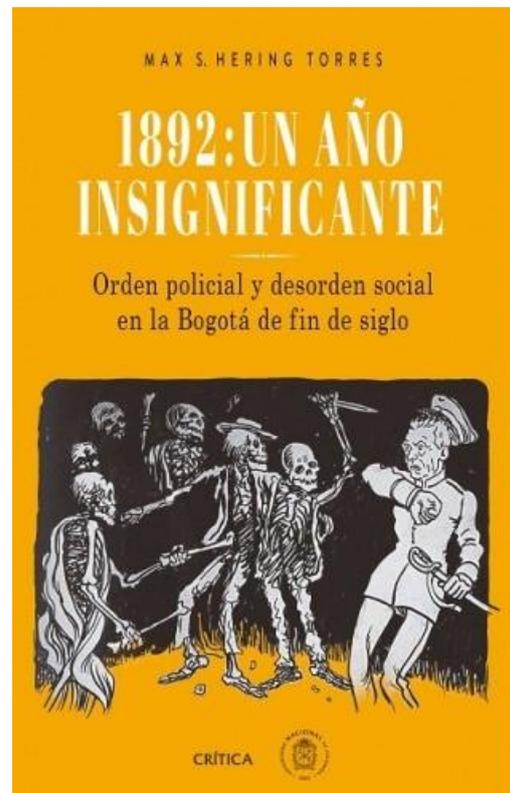


Max Hering Torres

1892: un año insignificante. Orden policial y desorden social en la Bogotá de fin de siglo

Bogotá, Planeta-Universidad Nacional de Colombia, 2018, 251 páginas.

Nicolás Duffau
Universidad de la República, Uruguay



Resulta difícil precisar cuál es el tema central del libro de Max Hering Torres: ¿la Policía? ¿el orden? ¿la agencia de los sectores subalternos? ¿la construcción de un poder político central? Esas problemáticas conviven en este trabajo que condensa una rigurosa reconstrucción histórica de episodios a priori intrascendentes con una explícita voluntad de hacer historia factual como historia de la historiografía. La tensión entre “el polvo de los acontecimientos” y “los rascacielos de las estructuras”, no impide que el autor construya un pormenorizado relato estrechamente vinculado a la historia social y política colombiana de fines del siglo XIX. a partir de un año sin grandes efemérides: 1892. La (arriesgada) apuesta metodológica de Hering: la reducción de la escala (a un año) para encontrar la transversalidad temática en episodios discontinuos (pero no inconexos) hacen que este libro deba ser considerado por su valor en tanto trabajo de historiador y también por su relevancia metodológica.

El libro de Hering es un trabajo sobre la policía, pero no es una historia a tono con la historiografía de los propios policías (esa especie de mezcla entre artefacto cultural e historia historizante) sino un análisis de la institución en su accionar cotidiano. Para Hering la policía no es solo una especie de Moloch centralizado, es también esos fragmentos de acción cotidiana en los que anidan rastros históricos que, conectados entre sí, permiten dotar de densidad mayor a un contexto histórico determinado.

El libro se compone de cinco artículos que podrían funcionar con autonomía, elemento a resaltar, ya que el autor optó por hacer un libro y no dividir el texto para publicar con antelación, lo que seguro hubiese generado un mayor rédito académico, en tiempos en los que importa más la cita y el indicador que el contenido de un trabajo.

En el primero de esos artículos Hering analiza los orígenes de la institución policial y los inserta en las tramas político urbanas que caracterizaron a la Bogotá de fines del siglo XIX. El autor intenta demostrar que la policía no se constituyó *ex nihilo* sino como consecuencia de un anhelo “modernizador” de la elite política bogotana. Al abordar el andamiaje institucional, Hering abre la posibilidad de estudiar no solo la estructura policial, sino también los conceptos de orden y moral que encerraba la existencia de cuerpos de seguridad. Y tras la idea de orden imperante se adentra en el territorio de las desviaciones de conducta, a priori inocuas pero centrales para la legitimidad de un poder que avanzaba sobre los ciudadanos, en especial aquellos pertenecientes a los sectores populares.

A lo largo del libro queda demostrado que la idea de “Estado moderno” abreva en la existencia o reforma de las instituciones, pero también en la consiguiente construcción de un relato capaz de tornar esas instituciones como un elemento central para combatir la inseguridad urbana, ganar la confianza de los habitantes de Bogotá y mostrarse ágil y profesional. La autoridad como una estrategia de racionalidad estatal dependía de varios factores y el más mínimo atisbo de desorden (protagonizado por un fantasma o una prostituta) ponía en cuestión al poder central.

Esta perspectiva aflora desde el segundo capítulo en el que se discute la trama de significados (Clifford Geertz sobrevuela todo el libro) sobre fantasmas, espantos y emociones, que permiten a Hering analizar la relación entre autoridad, miedo y disciplina. La cultura popular bogotana tenía varias leyendas sobre fantasmas o espectros, pero Hering demuestra de qué forma la invención de un supuesto “aparecido” se termina convirtiendo en un problema policial/político, en la medida que la puja por la existencia o no de un espectro se cruza con la forma en que se transmitió el hecho y el cuestionamiento al gobierno. El análisis sobre la preocupación gubernamental por el orden público es otro elemento distintivo de todos los capítulos.

En el tercer capítulo Hering aborda uno de los problemas menos estudiados en las historias actuales de la policía: la “cultura del denunciado”. Para analizar el rol de las denuncias entre vecinos, anónimas o entre policías, analiza un caso ocurrido en una “chichería” (un equivalente a la pulpería rioplatense), la ruptura de una copa y la negativa de un cliente/policía por pagarla, que desató una serie de acusaciones cruzadas en todos los estratos policiales. El capítulo termina siendo un trabajo que recuerda mucho a la circularidad cultural propugnada por Mijaíl Bajtin o Carlo Ginzburg, al estudiar de qué forma todos los estratos sociales comparten tramas culturales comunes. Lo que ocurría en las chicherías era un problema ya que su existencia era objeto de permanente debate en la prensa, la literatura y las discusiones políticas o sociales. Una vez más, Hering demuestra el potencial metodológico de su trabajo, al tomar un elemento social microscópico pero que fue politizada y utilizada por varios actores del período para cumplir con sus objetivos.

El cuarto capítulo/episodio analiza por un lado un motín urbano y, por otro, todas las tramas que giraban en torno a la regulación de una costumbre, la riña de gallos (Geertz, una vez más). En este capítulo vemos a los agentes de policía (y por ende a las autoridades) interactuando con los habitantes de Chapinero, los cuales (solo con su presencia intimidante) “negociaban” la realización de riñas de gallos, pese a la prohibición expresa. En este capítulo podemos ver cómo el control policial (que siempre pensamos como monolítico) es fragmentario, contradictorio, confuso, capaz de diluir la presencia de la

normativa, cuya aplicación acaba siendo subjetiva (y convierte a un transgresor en observante y a un obediente en contraventor).

Por último, Hering analizan casos de secuestro de niños de la calle, su impacto en el trabajo forzado en los cafetales o caucherías, entre otros espacios, y el rol atribuido a la policía en redes de desaparición y trata de personas. La pelea protagonizada por dos niños cerca de una imprenta, es el *case* tomado por Hering para estudiar la situación de los niños de la calle, vistos como un problema moral, higiénico y criminal a combatir. Los “chinos” (tal como se llamaba a los niños callejeros) eran tratados como deshechos sociales y, en pleno auge del higienismo, se intentó limpiar su presencia de la ciudad. En aras de un argumento económico esos sujetos “ociosos” (como los llamaba la prensa del período) fueron convertidos en seres/cuerpos productivos y enviados a realizar trabajos en las peores condiciones de abandono y explotación.

El libro de Hering solo se entiende si se lee en su totalidad, ya que en los cinco capítulos conviven pequeñas piezas que ganan en densidad cuando son ensambladas, demuestran que lo “insignificante” forma parte de algo amplio que desvela novedosas perspectivas del pasado. 1892 fue un año intrascendente para los contemporáneos, pero no para Hering que demuestra que la relevancia de los acontecimientos históricos, los recortes cronológicos y las selecciones espaciales, dependen de los énfasis del investigador. De la capacidad del especialista para mostrar como la reducción de la escala permite poner el foco de atención en lo micro para explicar lo macro, tal como demostraron en su momento los cultores de esa corriente inaprensible que los historiadores de la historiografía llamaron *microhistoria*.♦